sorpresa que en todas las estaciones salia un pitirojo de uno de los wagones, partiendo enseguida y volviendo al poco tiempo. Ni la gran velocidad, ni el ruido del tren le espantaban, y el instinto maternal le hacia afrontarlo todo. Sus hijuelos necesitaban calor, abrigo, alimento, y él se lo prodigaba á través de espacios desconocidos, sin que le detuviera osbstáculo alguno.

A este ejemplo no podemos menos de añadir la siguiente curiosa historia, debida á M. Samuel Enrique Berthaud, y que nos presenta un hecho análogo al anterior, aunque todavía mas estraño.

A principios del mes de mayo de 1868, atravesando un paseante los Mercados centrales (seccion de legumbres), se quedó sorprendido al ver un pitirojo que volaba de acá para allá bajo la inmensa armadura de hierro del Mercado. Sin espantarse del movimiento y del ruido que se hacia en derredor suyo, el ave revolvia con su agudo pico todos los montones de desperdicios vegetales que habia en el suelo. No se asustó en manera alguna por la presencia del curioso, entretenido como estaba en apoderarse de una de esas gruesas orugas que devoran las coles, y que se defendia desesperadamente.

Al fin el cazador se apoderó de su presa, y volando rápido se dirigió hácia el carro de un verdulero que estaba á cien pasos de allí, posándose en un cesto lleno de paja en el cual se oian piar pajarillos. Parecia increible. Un nido de pitirojo se hallaba instalado en el fondo del cesto, y una linda hembra cuidaba sus polluelos como si se hallara en medio de un bosque.

Por mas que el curioso que contemplaba aquel espectáculo supiera muy bien que el pitirojo es un ave muy familiar, no pudo menos de sentir gran admiracion, y preguntó á una mujer como de treinta años que estaba sentada en el carro haciendo calceta, cómo se habia gobernado para domesticar aquellas aves.

—¡A fé mia! respondió la buena mujer suspendiendo su tarea, vinieron ellas por su voluntad. De esto hace ya dos años. Una mañana que mi marido habia ido á cargar legumbres para traerlas á la ciudad, vió en ese canasto á los dos pájaros haciendo el nido, y no tuvo valor para estorbárselo. Además queria saber qué harian los pájaros cuando el carro echase á andar hácia París; porque habeis de saber que mi marido, no solo es muy amigo de los animales é incapaz de hacer daño ni al mas pequeño, sino que además es muy curioso, y no podria yo deciros todas las observaciones que hace en nuestro huerto. Por consiguiente se puso á cargar el carro cuidando de no tocar al cesto nada mas que para sujetarle con una cuerda al sitio en que le veis. Leal, que es nuestro perro, aquel que está allí al sol, se subió como acostumbra encima de la paja que cubria las legumbres y en seguida echamos á andar. Apenas amanecia; mi marido y yo nos dormimos á poco rato, porque la yegua conoce el camino tan bien como nosotros; como que el pobre animal le anda todos los dias dos veces; y además, con Leal no hay que tener miedo á los ladrones. Ya veis qué robusto es; y es bien seguro que de dos mordiscos acabaria con el que intentara robar á sus amos. Pero aparte de esto es un cordero y se deja manejar por nuestros hijos que se pasan todo el dia jugando con él; el mayor tiene seis años. Pues cuando llegamos al mercado, se paró la yegua, y la parada nos despertó segun costumbre. Saltamos al suelo; Leal hizo lo mismo y se echó entre las ruedas. Entonces al sacar las verduras es cuando nos acordamos de los pájaros; fuimos á ver el cesto, pero el nido estaba vacío.

¡Pobres animalitos! dijo mi marido segun descargaba el carro; ha sido un disparate el traer aquí el cesto donde hacian el nido. Debí quitarle de la carreta y ponerle en un rincon del huerto.

Mientras hablaba así, vimos con gran sorpresa que las dos aves venian hácia el carro trayendo en el pico una gran porcion de pajas y plumas; en seguida se pusieron á trabajar en su nido y á arreglarle, ni mas ni menos que si se encontraran libres en medio del campo. Cuando nos marchamos, á eso de las diez, hicieron el viaje con nosotros, unas veces en el nido, otras volando de árbol en árbol, ó picoteando lo que encontraban por el camino. Era una cosa curiosa verlos algunas veces en medio de una bandada de gorriones sin espantarse de ellos, y aun algunas veces quitándoles del pico los granos de cebada ó los gusanillos. Cuando se cansaban volvian al nido, donde la hembra se echaba, mientras el macho cantaba á mas y mejor. Porque yo no sé si lo sabreis, pero el pitirojo canta casi tan bien como el ruiseñor, y estoy segura de que á no conocerlos mucho cualquiera se engañaria.

Por fin los pájaros tomaron la costumbre de venir todos los dias con nosotros á París y volverse luego tambien al huerto. No tardó la hembra en quedarse en el nido, donde puso cuatro huevecitos muy preciosos que en seguida se puso á empollar, mientras que el macho iba por todas partes á buscarle moscas y gusanillos que ella tomaba en el pico con una gracia y unos movimientos de cabeza que no nos cansábamos de mirarla. Leal se entretenia tanto como nosotros, porque se tendia en la paja del carro y ponia la nariz junto al nido, pasándose las horas enteras mirando, sin que el macho ni la hembra se asustaran. El primero iba muchas veces á coger las moscas en el lomo y hasta entre las orejas del perro.

De los cuatro huevos salieron una mañana cuatro pollitos, y se acostumbraron desde luego al movimiento del carro, lo mismo que su padre y su madre, porque crecieron á mas y mejor, y nunca los he visto mas bonitos, con su pico amarillo que se abria como unas tijeras, su cuerpo cubierto de un plumon blanco, y sus gritos de hambre que nunca se saciaban. Mi marido sacó la cuenta de que entre los cuatro y la madre, se comian quinientos ó seiscientos gusanillos cada dia, y el padre tenia que buscarlos y traerlos; á no ser así, gritaban como unos desesperados. El pobre pájaro hacia su faena como marido y padre sin igual. Muchas veces, jadeante y rendido, trataba de descansar un poco cerca del nido, pero los polluelos gritaban, y no tenia mas remedio que volar en busca de provisiones.

A fines de setiembre los pequeñuelos pudieron volar ya, y una mañana encontramos el nido enteramente vacío. El padre y la madre se habian ido sin duda á buscar insectos al pais en que los habia.

Al año siguiente, por el mes de abril, me dijo mi marido: «Creo que estamos ya en la temporada en que van á volver nuestros pitirojos. Mi opinion es que debemos volver á poner el cesto en el carro.» Le puso efectivamente, y el nido se habia conservado tan bien que no le faltaba una pluma ni una paja.

No sé si os acordareis que aquel año el calor fue un poco tardío. No dejó de hacer frio hasta los primeros dias de mayo, y entonces se empe-

zaron á ver moscas y orugas. Una mañana, antes de salir el sol, oimos cantar un pájaro y conocimos la voz del pitirojo. Efectivamente, era él con su hembra, que se habian instalado ya en su nido dentro del carro.

Aquel año se repitió enteramente la historia del anterior, con la diferencia de que nos hicimos mucho mas amigos. Los dos pájaros vienen á coger las moscas en nuestra mano y en la de los niños, que como comprendereis fácilmente, no se ocupan en otra cosa desde la mañana á la noche. Pero debo advertiros que todo lo amables que son con nosotros los pitirojos, son de ariscos con las demás aves. No sufren que usa siquiera venga á instalarse en nuestro huerto; deshacen á picotazos todos los nidos que encuentran allí, y persiguen á los intrusos hasta que los obligan á abandonar el campo. Los gorriones, y aun los pitirojos mismos que intentan establecerse en nuestra casa, tienen que renunciar á ello. ¡Caramba! ya lo creo, dijo la hortelana por via de conclusion, el cariño verdadero es celoso. Y yo sé de muchos hombres y no pocas mujeres, añadió riendo, que harian otro tanto. Pero ya está aquí mi marido, y nos vamos á marchar.

En efecto, el verdulero tomó la brida de la yegua, y montó en el carro, asi como su mujer y su perro; el pitirojo macho, al ver aquellos preparativos de marcha, acudió presuroso á encaramarse en su cesto; en seguida, hombre, mujer, perro y pájaros se alejaron.

Con solo madrugar un poco, añadió M. Berthaud, se puede cualquiera convencer por sus propios ojos de la verdad de cuanto acabo de referir.

(21). «El perro posee facultades cuya naturaleza ignoramos.»

Por una singularidad curiosa, muchos descubrimientos de fuentes minerales se deben á los perros. El hombre, por lo general, se ha cuidado más del vino que del agua. Sea como quiera, es lo cierto que el manantial de las aguas minerales de Carlsbad se reveló escaldándose en ellas un perro de la jauría del emperador Cárlos IV, que cayó allí por casualidad; el manantial de Bareges fue descubierto por una oveja que abria camino por entre la nieve para ir á beber á él. Las cabras iban á beber con especial complacencia á los manantiales de Salles, en el Bearn, y posteriormente se adoptó la costumbre de llevar allí tambien á los puercos que produjeron los primeros jamones de Bayona.

Un puerco tambien descubrió las fuentes saladas de Luneburgo en Hannover. Estas fuentes, de donde se sacan por evaporacion grandes cantidades de sal, hicieron la fortuna del pais, que en agradecimiento erigió una especie de mausoleo al inventor en la casa municipal.

Una caja de cristal, colocada en lo interior de aquel estraño monumento, contiene un jamon muy bien conservado, y en una tablilla de mármol negro, se lee la siguiente inscripcion en latin y en letras de oro:

«Pasajero, contempla aquí los restos mortales del puerco que conquistó gloria imperecedera descubriendo los manantiales de agua salada de Luneburgo.»

Los animales han demostrado su inteligencia de todas las maneras posibles. En materia de pruebas hay de sobra dónde elegir.

Entre el crecido número de las que pudieran citarse, tomaremos algunos ejemplos aislados, diferentes de los que hemos clasificado en las distintas secciones de esta série de notas sobre la inteligencia de los animales.

Encontramos el primero en el periódico *El Mundo*, del 2 de junio de 1868.

«En una comunidad de religiosos fundada en el sétimo distrito de París, hay un perro de gran tamaño y pelo crespo y erizado, al que dan el nombre de *Boca-negra*. Anda libremente por el patio y los jardines del convento, que guarda con gran fidelidad é inteligencia, persiguiendo á los gatos, á las ratas, á las comadrejas, á las garduñas, ejerciendo además su vigilancia sobre las personas que, sin vestir el traje de la comunidad, llaman, penetran y circulan en las dependencias del establecimiento.

Con motivo de ser, á lo que parece, algo escasa la racion que se le daba, comparándola con los grandes servicios que presta, *Boca-negra*, á cuya perspicacia no se escapa nada de cuanto pasa en el convento, habia observado que todos los religiosos que iban llegando despues de la comida de la comunidad, tiraban de un cordoncillo que movia una campanilla, á cuyo sonido acudia el cocinero y daba su racion al rezagado por el *torno*.

El perro, luego que se hizo cargo de esta maniobra, creyó muy natural imitar á los frailes, y un dia se puso á tirar de la campanilla con los dientes. El mozo de la cocina, en la inteligencia de que el que llamaba era una persona de la comunidad, pasó un plato que era enteramente del gusto de *Boca-negra*, el cual dió cuenta del manjar en un momento.

El chasco le pareció agradable al cuadrúpedo, que le repitió al otro dia y luego al otro y unos cuantos dias siguientes; pero el bellaco, alentado por el buen éxito, tuvo la mala idea de regalarse de aquel modo varias veces al dia, y este exceso de gula fue lo que le perdió; se advirtió la estratagema y el criminal fue condenado á cadena y á racion.»

Veamos ahora otro perro que tenia la costumbre de ir al correo á buscar las cartas dirigidas á su amo. La *South-eastern Gazette* (octubre de 1867), refiere que acababa de morir el famoso perro de Terranova, Sailor, perteneciente á M. Nash Todas las mañanas, Sailor esperaba con la mayor exactitud al conductor del correo, que venia de Sevenaaks á la aldea. Le seguia hasta la tienda de M. Troughton, donde se hallaba establecida la estafeta. Allí esperaba con paciencia que se hiciera la distribucion de las cartas, y cuando estaban apartadas las dirigidas á monsieur Nash, Sailor se acercaba á la mesa, cogia con mucho cuidado la correspondencia de su amo y se la llevaba en seguida. El perro tenia diez años.

Si unos obran asi por educacion, hay otros que no carecen de espontaneidad.

Un labrador de las cercanías de Dieppe posee un perro que, habiendo visto la solicitud de todos por destruir los lagartos se dedicó espontáneamente á la tarea; asi que salia el mozo de labor, le seguia, echaba á andar detrás del arado y mataba con los dientes y las patas cuantos lagartos veia.

Veamos otro hecho, que se podria muy bien titular el gato aeronauta, y que el *Memorial del Loira* cita como ocurrido en el caserío de *Cuatro-tablas*.

En una fiesta que se celebraba en las inmediaciones, se echaron varios globos, en algunos de los cuales, los sencillos aldeanos habian encerrado unos cuantos gatos, para hacer segun costumbre, la diversion mas completa; aquellos pobres animales lanzaban, desde sus montgolfieras, gritos desesperados; pero la mayor parte acabaron por perderse de vista, arrastrados por el espacio.

Solo quedó á la vista uno de los globos, y cosa singular, no se alejaba, al paso que los otros desaparecian poco á poco. Parecia como que obedeciese á una verdadera maniobra y tratase visiblemente de acercarse á la tierra.

En efecto, el animal que iba allí debia ser un gato maestro; poco á poco habia logrado sacar una mano de las ligaduras que le sujetaban y alargando suavemente la garra ni mas ni menos que si conociera el efecto de las válvulas, hacia un agujero ya aquí ya allá, en el papel engomado que sostenia la barquilla, de modo que pudiera entrar el aire en el interior y amortiguar la caida.

Sus esfuerzos fueron coronados del mejor éxito, y llegó á tocar en tierra no lejos de un grupo de pilluelos á quienes el espectáculo habia sorprendido lo suficiente para estorbar que persiguieran á palos y á pedradas al inteligente animal.

Pero no hay nada seguramente que iguale al siguiente hecho, que á juzgar por el ruido que hizo en Paris en setiembre de 1868 no puede menos de ser auténtico.

Una señora de cierta edad, que llevaba un papagayo de brillante plumaje y lengua bien espedita posado en su hombro, se sentó un dia en un banco del boulevard de Sebastopol en frente de la iglesia de Saint-Leu; sacando luego de su bolsillo unas cuantas nueces, avellanas y otras golosinas de este género, se las ofreció á su favorito que se puso á devorarlas con gran apetito, diciendo de cuando en cuando:

—Gracias, mi ama.

En un momento se formó un grupo de curiosos alrededor de la señora y de su papagayo, el cual al verlo se puso á decir en seguida:

—¿Qué quereis, tontos?

La multitud que iba en aumento se empezó á reir á carcajadas.

—¡Holgazanes!

Y los espectadores agrupados reian á mas y mejor.

—¡Lechuzos, imbéciles!

Y el círculo se estrechaba.

—¡Ladrones!.... ese, ese, ¡ladron, ladron!

Y fuese casualidad, fuese instinto, el ave salta del hombro de su ama al de un curioso á quien se encontró en la mano un porta-monedas que acababa de sacar del bolsillo de su vecino.

El profesor See, de Strasburgo, ha publicado dos preciosas anécdotas sobre la inteligencia de los perros.

«Mirette, dice, era una perra perteneciente á una señora privada casi enteramente del oido. Cuando la citada señora estaba en casa y llamaban á la campanilla, Mirette, que no podia abrir la puerta y que comprendia además lo inútil de sus ladridos, tiraba del vestido á su señora para advertirla que llamaban. No es esto todo: cuando iban por la calle ó por un paseo, y se acercaba algun carruaje ó caballo, Mirette avisaba del mismo modo, y de esta manera libraba de peligros á la pobre sorda, haciéndole el mismo servicio que hacen los perros de los ciegos.»

Pasemos á la segunda anécdota, no menos curiosa que la primera.

El perro y el caballo son por lo comun buenos amigos, y viven juntos en la mas perfecta inteligencia. Si el perro habita una cuadra en que hay caballos pertenecientes a varias personas, cobra afecto al caballo de su amo. En Strasburgo habia dos hermanos que tenian sus caballos en la misma cuadra, y dos mozos distintos para cuidarlos; un perro vivia con ellos en perfecta armonía. Uno de los caballos recibia, como suplemento de racion unas cuantas zanahorias de que gustaba mucho, y de las cuales habia allí cerca un gran monton como provision. Al cabo de algun tiempo se observó que el monton disminuia rápidamente; y ejerciendo alguna vigilancia, se vió que el perro era el autor de aquella sustraccion; cogia las zanahorias y se las llevaba al caballo de su amo á quien no se concedia aquel regalo de que gozaba su compañero.

(23). «El afecto particular que se han profesado algunos animales de especies diferentes.»

La coleccion de fieras del parque de la Cabeza de Oro, de Lyon, posee una hiena listada, mas feroz que lo son de ordinario estos carnívoros, cuya cobardía es proverbial. Hace algunos años se escapó de su jáula, y fue bastante difícil volver á cogerla porque se resistia amenazando con sus formidables colmillos á cuantos se le acercaban. Fue preciso que uno de los empleados del jardin montara á caballo y la echara el lazo á la manera que lo hacen los mejicanos.

A pesar de su carácter feroz, aquella hiena cobró un gran cariño a una perra que habian encerrado en la misma jáula, y como sucede en general con los animales carnívoros encerrados que los sentimientos afectuosos llegan á predominar sobre el instinto sanguinario, la perra no tardó en ser el ama de la casa y someter á la hiena á sus caprichos egoistas y á su genio áspero y gruñon.

La perra murió hace poco tiempo, y véase lo que sucedió á su muerte. La hiena desplegó en su agonía el cariño mas afectuoso, calentándola entre sus patas y lamiéndola con la mayor ternura. Hacia ya veinticuatro horas que la perra habia dejado de existir, y todavía la fiera continuaba estrechando sus despojos, acurrucada en el rincon mas oscuro de la jáula. Temiendo que la descomposicion del cadáver inficionara el aire, se decidió quitar á la hiena aquel objeto de su cariño póstumo, y por medio de un garfio lo sacaron de la jáula.

Pero entonces pudo advertirse que la amistad del carnívoro a su compañera habia sido tan íntima que ya no era posible la separacion. La hiena se habia comido á su buen amiga sin duda para que reposara lo mas cerca posible de su corazon, y lo que el garfio sacó fuera no era otra cosa sino la piel de la perra, desollada tan perfectamente como si lo hubiera sido por las manos de un hábil naturalista.

Véanse otros dos ejemplos que se nos han asegurado por testigos presenciales, (agosto de 1867):

M. Juan Celestino Lapluie, fotógrafo de Neuvic (Dordoña), poseia una gata que criaba tres gatos y tres ratas. A los pocos dias de haber parido el animal, M. Lapluie fué á ver cuántos gatos habian nacido, y no

fue poca su sorpresa al encontrarse con que daba de mamar indistintamente á tres gatos blancos y negros y á dos ratas de varios colores.

Los gatos y las ratas tenian ya bastante fuerza para salir del nido; pero volvian á él y jugaban unos con otros con la mayor alegría. Muchas personas tuvieron curiosidad por verlos, admirando todo el mundo ver establecida la paz entre animales que por lo general son enemigos encarnizados.

El hecho siguiente se nos ha atestiguado tambien por personas dignas de fé; y parece que ocurrió en el mes de mayo de 1868 en una casa de labor de los alrededores de Montluel (Ain).

Una gata que habia en la casa habia parido hacia unos cuantos dias y habia perdido sus hijuelos por no sabemos qué causa. Al mismo tiempo unos segadores encontraron en un prado tres lebratillos abandonados por su madre al acercarse gente y los llevaron vivos á la casa. La gata los vió, se los apropió, se los llevó al desvan, cogiéndolos con los dientes como si fueran sus hijos, los puso en su cama y los crió. Hasta nuestras últimas noticias, no habia dejado de prodigarles sus maternales cuidados.

Ignoramos si despues de aquella época, la ferocidad natural de la gata predominó al fin haciéndola devorar á los mismos que habia criado; pero el hecho que hemos referido es ya bastante curioso para merecer una mencion especial.

Otro ejemplo análogo ocurrió en el mismo año.

Un pastor del departamento del Sena-y-Marne tenia un rebaño de cien cabezas de ganado lanar y dos perros; al traerlos un dia al redil, advirtió que le faltaban una oveja y un perro.

Llegó el dia siguiente y no habian parecido. ¿Qué les habria pasado? Lo siguiente. La oveja, que estaba preñada, habia parido dos corderillos, cosa no muy comun, pero que se vé alguna que otra vez. El perro habia tratado de llevar á la madre y á los hijos á la granja; pero como ninguno de ellos podia andar, se tendió al lado de la familia y permaneció dos dias cuidando de la oveja y de los corderos. En aquellas cuarenta y ocho horas los corderillos mamaron de su madre y ésta comió de la yerba del prado, pero el perro se mantuvo en su puesto sin comer ni beber.

(24) «Existen en el mundo hombres groseros, estúpidos, mas malos y menos inteligentes que ciertos animales de buena naturaleza.»

Los muchos ejemplos que hemos ya citado nos obligan á ser aquí mas concisos á pesar del interés y la riqueza del asunto.

Dupont de Nemours refiere á propósito de la inteligencia del perro cuatro historias auténticas que trasladamos con el mayor gusto como comentario de nuestro texto. En la primera es el héroe *Sultan*, conocido del filósofo; la segunda fue observada por sus condiscípulos del Plessis; la tercera ha sido atestiguada por sus colegas del instituto; por último él mismo ha sido testigo de la cuarta que ocurrió en el palacio del duque de Nivervais dejando memoria de todos los vecinos de la calle de Tournon.

A principios de este siglo los concurrentes del Luxemburgo conocian casi todos á un cierto abate, llamado *Treinta mil-hombres*, gran noticiero, cuyo verdadero nombre nadie sabia, y que se habia conquistado aquel seudónimo por la firmeza con que resolvia los derechos y los intereses de todos los soberanos de Europa, mediante treinta mil hombres, de una nacion cualquiera, que pasaban rios, trepaban montañas, tomaban ciudades, y ganaban batallas á su capricho. Discípulo de Turena sin duda, no era partidario de los grandes ejércitos; treinta mil hombres bastaban para todo.

El ardor guerrero de aquel abate no le dejaba un punto de reposo. Llegaba muy temprano al jardin, almorzaba allí, por la tarde bebia una botella de cerveza y comia en union con su perro seis tortas en la puerta del Infierno. Nunca se iba de allí sino despues que los suizos se lo habian dicho unas cuantas veces. En los dias de lluvia, se metia en la casilla de uno de los tres suizos, y allí se entretenia en leer, releer y comentar la Gaceta dirigiendo la palabra á su perro cuando no tenia otra compañía.

Por fin murió. Y su perro, llamado *Sultan*, no quiso aceptar otro amo, aunque varios amigos del abate le ofrecieron un asilo. Hacia mucho tiempo que su domicilio habitual era el jardin; y en él permaneció, durmiendo sobre las sillas cuando hacia buen tiempo y debajo cuando le hacia malo.

Conservaba cierto afecto al grupo de los noticieros, los acompañaba en sus paseos, se paraba cuando se paraban ellos, miraba con atencion las figuras que trazaban en la arena, obtenia de ellos pedazos de pan, tortas que cogia en el aire con gran destreza y otras menudencias. Sin embargo su cariño al Luxemburgo no era tal que no aceptase con gusto que le convidaran á comer á otra parte; lo cual llego á ser bastante frecuente cuando se conoció que le agradaba.

La fórmula era: «Sultan, ¿quieres venir á comer á mi casa?» Otros todavía mas atentos le decian: «¿Quieres hacer el favor de venir á comer conmigo?» Y él aceptaba haciendo caricias si no estaba comprometido. Si lo estaba, hacia una señal de agradecimiento, y se ponia al lado del que le habia invitado ya. Le acompañaba paso á paso, comia con buen apetito y hacia mil cosas graciosas mientras duraba el banquete. En cuanto se quitaba el mantel, esperaba unos cuantos momentos, manifestando satisfaccion; en seguida pedia cortésmente salir; y si tardaban en abrir la puerta ahullaba y se ensoberbecia.

Muchas veces quisieron retenerle; pero siempre se escapaba, y ya no volvia á acercarse á aquellos que aparentando benevolencia habian tratado de esclavizarle.

Hubo uno mas torpe, que quizá le queria mucho, pero que no tenia el buen sentido suficiente para comprender que el afecto no se obtiene por fuerza, y le hizo atar. *Sultan* se llenó de indignacion mordió al que le ataba, rompió la cuerda, huyó á toda carrera, y cuantas veces volvió á encontrar aquel falso amigo no dejó de echarle en cara su traicion con ladridos furiosos.

Habia en el colegio de Plessis dos perros á los cuales se empleaba en dar vueltas á los asadores. Sabian tambien su oficio, que jamás dejaban quemar el asado, y cuando el olor les daba á conocer que ya estaba en sazon se lo advertian al cocinero.

Su situacion era bastante llevadera; trabajaban alternativamente; y

si hubieran vivido en los tiempos de la Década, habria existido entre ellos una igualdad perfecta; pero habiendo dos dias de vigilia en la semana, y siendo el número de estos dias impar, daba lugar á cierta preferencia.

El favorito del cocinero no trabajaba mas que el lunes y el miércoles; su compañero trabajaba el domingo, martes y jueves. El viernes y sábado eran dias de vacacion para los dos. Confirmado este arreglo por la costumbre no ofrecia dificultad alguna. Cuando la ley se halla establecida, todo el mundo se somete y la respeta. Pero la autoridad no debe violarla.

Un miércoles, viendo el cocinero que no estaba allí el perro á quien tocaba trabajar, quiso poner á la rueda al que habia trabajado el dia antes. Este encontró la cosa injusta, gruñó, y fué á esconderse en un rincon. El hombre le persigue; el perro le enseña los dientes; el cocinero levanta el palo; el perro salta por encima de la media puerta de la cocina, sale luego á la calle, corre á la plaza de Cambrai donde estaba su compañero jugando con los otros perros del barrio, le hostiga, le empuja tirándole mordiscos y le conduce hasta los pies del cocinero, como diciéndole: *ahí le tienes; á ese le toca.*

El célebre cirujano Pibrac, que vivia poco antes de la revolucion, encontró un dia cerca de su puerta un perro muy hermoso que tenia una pata quebrada, y que daba muestras de sentir dolores agudos. Le recogió, le arregló la pata, se la vendó y le curó. Durante la cura y despues el perro le manifestaba un agradecimiento profundo; y su salvador creia que le habia conquistado para siempre.

Pero el perro tenia otro amo, y en estos animales casi siempre domina el primer cariño. Cuando el convaleciente pudo comer, salió y no volvió. El cirujano casi se arrepentia de su buena accion. ¡Quién hubiera creido, decia, que un perro pudiera ser ingrato!

Habian pasado cinco ó seis meses, cuando el perro viene á la casa y colma de caricias á M. Pibrac que le recibió con el mayor placer y le hizo entrar. Pero el perro sin hacerle caso, le lamia las manos y le tiraba de la ropa como para llamarle la atencion hácia algun objeto. Este objeto era una perra conocida suya que tenia rota una pata y á quien él llevaba allí para que su bienhechor la curase tambien.

La cuarta historia referida por Dupont de Nemours es la del *limpia-botas.*

A la puerta del palacio de Nivernais vivia un limpia-botas que tenia un gran perro de aguas negro cuya principal habilidad consistia en proporcionar trabajo á su amo.

Iba á meter las patas en el arroyo, y se las plantaba sobre los zapatos al primero que pasaba. El limpia-botas acudia solícito diciendo: *¿Caballero, limpiamos las botas?*

Mientras estaba ocupado el perro se sentaba pacíficamente á su lado; en aquel momento no habia necesidad de ir a manchar los zapatos á ningun transeunte. Pero en cuanto el banquillo estaba desocupado, volvia el perro a repetir la operacion.

El talento del perro, y la gracia de su jóven amo, que se prestaba á servir á todos los criados del palacio dieron á uno y á otro cierta celebridad, que llegó a oidos de los amos de la casa.

Estaba allí de visita cierto dia un inglés ilustre. Quiso ver al perro y

á su amo, y los mandaron subir. Se prendó del animal, quiso comprarle, y ofreció por él primero diez luises y despues quince. Los quince luises tentaron al muchacho que además se hallaba turbado delante de todos aquellos personajes. El perro fué vendido, entregado, encadenado, encerrado en una silla de posta, y embarcado á los pocos dias en Calais desde donde pasó á Lóndres.

Su amo le lloraba con una ternura mezclada de remordimientos, cuando á los quince dias, ¡oh gozo inesperado! se presenta el perro á la puerta del palacio de Nivernais, mas lleno de barro que habia puesto él nunca á sus parroquianos.

Durante el camino habia observado que se alejaba de Paris en un carruaje, siguiendo una direccion determinada; que en seguida le embarcaban en un paquebot, y que otro carruaje le conducia á Lóndres. La mayor parte eran carruajes de retorno. El perro, despues de escaparse de la casa de su comprador siguió á una de aquellas sillas de posta, tal vez la misma que le habia llevado y que le condujo á Douvres. Allí esperó al mismo paquebot en que habia hecho la primera travesía y cuando arribado á Calais siguió igualmente al mismo carruaje que le habia conducido. Todos sus paseos anteriores le habian dado la teoría de que despues de haber hecho un viaje no hay como volver atrás por sus mismos pasos para encontrar su casa.

Uno de nuestros colegas de la Asociacion politécnica, M. Fouché nos trasmite algunas observaciones dignas de añadirse á las anteriores.

Hace diez ó quince años, se veia en muchas plazas de Paris, y particularmente en la plaza de la Escuela de Medicina enfrente de la Clínica, y del mercado de la plaza Maubert, un hombre con dos perros de una especie intermedia entre el galgo y el mastin.

Estos perros estaban adiestrados en ciertos ejercicios que vamos á esponer, y que nos sorprendieron, tanto por lo estraños, como por la educacion que suponian.

El hombre, propietario y educador de sus perros se paraba en la plaza, y los perros se echaban á sus pies; el hombre, armado de un látigo de mango corto, sin hacer un gesto y sin indicacion alguna manifiesta, decia: ¡Leal! Súbete en el guardacanton de la izquierda. Y entonces uno de los dos perros, obedeciendo la órden, se levantaba é iba á colocarse inmóvil encima del guardacanton indicado. Despues le decia: ¡junta las patas! y el perro se encaramaba en el remate del guardacanton, juntando las cuatro patas en el espacio mas pequeño que podian ocupar.—¡Cambia de posicion! Y el perro se sentaba.—¡Baja! ¡Ven acá!—¡Da tres vueltas!—Y todas estas órdenes eran ejecutadas al pie de la letra sin que el amo necesitara hacer indicaciones materiales; bastaba simplemente la palabra. Despues venian los ejercicios del otro perro, ejercicios análogos, pero que se combinaban con los del primero; como por ejemplo: ¡Cambiad de sitio! ¡Bajad! ¡Subid! ¡Venid acá, etc.—Habiendo sido testigo de estos notables ejercicios, creí que los hacian por hallarse acostumbrados á ejecutarlos en un órden regular, y para convencerme de ello, me acerqué á su amo y le rogué que invirtiera el órden; consintió en ello, y trasmitidas las órdenes segun mis indicaciones fueron igualmente comprendidas y ejecutadas con toda exactitud.

Hará como unos veinte años, un pariente de M. de Croes, propietario á la sazon del café que hace esquina á la calle del Arrabal del Temple y del canal, habia ido á Chartres á ciertos asuntos personales, llevando consigo un perrilio de los que sirven para guardar las casas. A las veinticuatro horas de estancia en la ciudad tuvo que salir para Paris y advirtió entonces que el perro habia desaparecido. Faltándol · tiempo para buscarle, partió; y cuando habia ya consentido en perderle al cabo de seis semanas el perro se presentó en su casa de Paris.

El instinto y la inteligencia del caballo han sido observados en ciertas circunstancias dignas de notarse por uno de nuestros pintores contemporáneos, M. Brasseur Wirtgen, en sus estudios de animales.

A propósito de esto refiere la historia dramática de un caballo llamado el rabioso y de un jóven llamado Ditz, que tuvo ocasion de apreciar en varias sesiones de dibujo hechas en compañía del pintor Dedreux en las caballerizas de la antigua administracion de los omnibus *Golondrinas* en la Chapelle, calle de Marcadet.

En un rincon de una de las cuadras, habian colocado poco tiempo antes un caballo todavía jóven destinándole al deshecho y que llamaban el Rabioso. La accion continua de las piernas sobre los empedrados le habia dejado inútil. Este caballo era de pelo rojo mezclado de blanco y gris, á lo que se da el nombre de *roano*. En el trabajo habia manifestado mas resistencia que todos los de su especie. Al verle indómito al principio, le tuvieron mas de un año haciendole ejecutar doble servicio á fin de cansarle; pero al volver á la cuadra despues del duro trabajo de todo el dia, habia que tomar las mayores precauciones para acercarse á él. Solamente un pobre niño enfermizo, de doce años de edad, llamado Ditz, podia acercarse sin cuidado ninguno. Se llegaba á él sin temor, le pasaba las manos por el pecho, por las piernas, le cogia la cabeza y le daba una porcion de besos.

El animal se los devolvia lamiendo solícito el rostro del niño; se adivinaba allí más que un simple deseo de devolver las caricias recibidas; el animal, por aquel medio tan sumamente natural, habia curado al niño una especie de usagre que tenia en la cara, y para el cual habian sido ineficaces todos los remedios empleados hasta entonces. Ditz, que era hijo de un borracho, mozo de caballos del establecimiento, se esforzaba en ser útil, y cuidaba espontáneamente á los caballos en ciertas cosas; por ejemplo, recogia la paja de las camas desparramada, ó les acercaba á la boca los restos del pienso á donde no alcanzaban. Los mandados que le confiaban le permitian ver algunas veces á su amigo en alguna estacion. Entonces se acercaba á él, y el Rabioso al verle piafaba de contento y volvia le cabeza á todos lados para no perderle de vista. En los dias de calor escesivo, siempre que podia el muchacho, empapaba una esponja en agua y humedecia las narices del animal, el cual bajaba la cabeza para facilitar la maniobra. Muchas veces el cochero ó el zagal apartaban al niño diciéndole: pero demonio, ¿no ves qué un dia te vá á tragar? Sin embargo, cualquier hombre un poco perspicaz hubiera adivinado que no amenazaba al niño semejanle peligro.

A fin de que el caballo pudiera continuar en el servicio, el veterinario le hizo quemaduras en las piernas; aquellas heridas atraian las moscas, que Ditz auyentaba echándole agua fresca con una cazuela. El Rabioso

demostraba la satisfaccion que sentia por aquellas atenciones con movimientos de cabeza, y con pequeños relinchos como si hablara.

Algunas veces que el muchacho estaba de buen humor, se metia debajo del vientre del caballo, sacando la cabeza por entre los brazos de éste y haciendo como que queria levantarle; el caballo miraba al niño y alzaba un brazo y despues el otro, como para hacerle creer que le levantaba en efecto.

Un dia le tocó á aquel caballo servir de modelo á Alfredo Dedreux Satisfecho de lo bien que habia salido, quiso recompensarle con un pedazo de pan; el animal le tomó y le dejó caer en su pesebre. Al verlo Dedreux fué á coger el pan para dársele á otro caballo. Pero al alzar la mano, el caballo tendió la oreja y enseño los dientes. Un momento despues, se acerca Ditz, y con gran sorpresa del artista, tomo el pan y se lo dió sin que el caballo se moviera. Creyendo que aquello pudiera ser efecto de la casualidad. Dedreux repitió el esperimento y vió repetirse tambien la misma muestra de solicitud de parte del caballo.—Pero hijo mio, dijo, ¿qué va á ser de tí cuando te quiten á tu amigo para llevarle á la carnicería? Ditz no respondió, pero brotaron lágrimas de sus ojos.

Cuando sentia venir al niño desde lejos, despues de haber estado ausente mucho tiempo, el caballo relinchaba de alegría, se estremecia por todo su cuerpo, y cuando ya se hallaba á su lado, era un espectáculo curiosísimo el ver los ademanes de alegría de aquel animal, y el cuidado que ponia al mismo tiempo en que aquellas demostraciones no causaran daño á su favorito.

Algunas veces se dormia Ditz debajo del pesebre, y entonces el Rabioso, con los caseos y con la boca, recogia la paja para cubrirle lo mejor que podia. Un dia vió cerca de allí un pedazo de manta; y no pudiendo llegar á ella con las manos ni la boca, se alargó todo lo que pudo, se la acercó con las patas traseras, hasta que pudo recogerla con los dientes y echársela encima al niño.

Tan extraordinaria inteligedcia inspiró á Dedreux el deseo de poseer aquel caballo, y llevárle á una casa que acababa de hacer en Mont-Martre. Contaba ademas con el consentimiento del padre del niño para conservar á éste á su servicio; pero este pensamienso no debia lograrse.

Cierto dia, al volver Ditz de hacer un mandado, cerca ya de la administracion, le sorprendió un ratero y le detuvo para quitarle una cesta que llevaba. El niño trata de resistir; pero le tira por el suelo y entonces no se atrevió á moverse. Sin embargo, el caballo habia oido sus gritos de angustia y adivinado sin duda que su amigo se hallaba en peligro, porque en el instante rompe su ronzal, y sin hacer caso de los mozos que no sabian á que atribuir aquel repentino furor, se lanza de un salto fuera de la cuadra, rompe una empalizada que rodeaba el establecimiento, vuela hácia donde estaba su amigo y adivivinando lo ocurrido, corre tras de el ladron que se alejaba á toda prisa. El criminal, al ver llegar al animal furioso cuyos ojos parecian que lanzaban fuego, tiembla, se queda sin accion para huir, y deja escapar la cesta. A pesar de esto, el caballo furioso le coge por medio del cuerpo; le derriba al suelo y le pisotea con el mayor furor. Enseguida vuelve á donde estaba el niño, le lame, y sacude la cabeza y las manos manifestando la mayor alegría. El niño observa entonces manchas de sangre en la cabeza y en las manos del caballo, con lo cual y con los gritos que habia escuchado se figura que habia ocurrido alguna es-

cena terrible. Lleno de temor, el infeliz marchaba con dificultad dejándose guiar por su temible compañero que iba á su lado. Al entrar en el establecimiento tardó un gran rato en reponerse y en poder referir lo que habia ocurrido.

De la informacion que se hizo con motivo de aquel suceso, resultó que el ladron, cuyas heridas eran mortales, era reincidente, llegando á averiguarse que habia sido el autor de un asesinato no descubierto hasta entonces.

El instinto de aquel caballo dejó admiradas á todas las personas que intervinieron en el asunto; el rumor se estendió y durante mucho tiempo, fueron curiosos á la administracion de las Golondrinas deseosos de conocer al famoso caballo roano.

A pesar de su rara inteligencia, el Rabioso no tardó en ser considerado entre los empleados de las cuadras como un animal peligroso que era preciso matar. Poco á poco llegó á ser objeto de un odio general que se estendió hasta el niño, á quien consideraban en cierto modo como cómplice de una muerte. Esto no hizo más, sino estrechar los lazos que unian á los dos, lo cual se tomaba como testimonio de su culpabilidad. No se perdia la ocasion de castigar al animal, sabiendo que esto causaba dolor al niño.

Hallábame solo, dentro de la cuadra preparándome á trabajar cerca del caballo roano cuando entró un mozo de la caballeriza, y teniendo que hacer un recado urgente, dejó su almuerzo, compuesto de un pedazo de pan y otro de tocino, encima del pesebre, á bastante distancia del Rabioso; no habrian pasado diez minutos cuando el caballo empezó á manifestar deseos de apoderarse de aquel almuerzo. Pero como estuviera demasiado lejos, empezó á tirar con los dientes de unas pajas, sobre las cuales estaba el pan, hasta que logró tenerle á su alcance. Entonces cogió un poco de heno y lo echó encima para ocultarlo. Yo tenia intencion de informar al mozo de lo que habia pasado, cuando me llamó la atencion la llegada de unos cuantos caballos y me dirigí á la cuadra inmediata. Habria pasado como media hora, cuando escuché un gran estrépito de gritos, esclamaciones y juramentos que me hicieron acudir corriendo á la cuadra en que trabajaba. Habia sucedido que Ditz, que por lo visto tenia apetito, habia aceptado el pan y el tocino que su amigo le habia guardado, figurándose que alguno de la casa lo habia puesto allí para él. Comia, pues con toda tranquilidad, cuando entró el mozo y se puso á buscar su almuerzo. Al verle en manos del niño se enfureció; acude el padre de éste, y arranca á su hijo de junto al caballo á donde se habia refugiado. El caballo lanza un grito terrible, se pone de manos y golpea el pesebre, rompiéndole en parte.

—¡Ah, demonio de muchacho, quieres deshonrar á tu padre! esclamó el borracho.

En vano traté entonces de hacer entender á aquel hombre lo que sin duda habia pasado sabiendo todos el cariño que el caballo tenia al niño. Sin escucharme, aquel imbécil coge un látigo y se pone á golpear al pobre Ditz. Aquel acto de brutalidad llenó de furor al caballo; rompe su ronzal, se precipita sobre el hombre, le coge por la espalda y le arroja á unos cuantos pasos casi desnudo. Todos echamos á correr; y Ditz se refugió entre la paja; pero el caballo se dirige al punto á él y empieza á acariciarle aunque sin poder impedir que el niño se atemorice por las consecuencias que el suceso podia traer.

Afortunadamente el borracho no habia recibido mas que el susto y los desgarrones de la ropa. Aquel hombre, con los ojos extraviados, las facciones descompuestas, y desnudo de medio cuerpo, corrió hácia los demás mozos con quienes se hallaba bebiendo un momento antes. El estado en que le vieron, y su relato llenó de espanto á aquellos hombres, los cuales se armaron de horquillas, y con Goliat á la cabeza se dirigieron al caballo y empezaron á darle golpes. Pero Goliat no se contentó con esto, y le clavó la orquilla en un costado.

—¡No se puede dejar vivo á este animal! esclamó, porque si le dejamos acabará con todos nosotros.

Entonces todos clavaron sus horquillas en el cuerpo del valiente animal, que no se defendia de manera alguna, como si se hubiera resignado á expiar la falta cometida; parecia que su carne era insensible segun la tranquilidad que conservaba. El niño por no ver aquella horrible escena se habia tapado la cara ahogando sus sollozos. Yo traté de estorbar al principio aquella salvage crueldad; pero Goliat furioso me amenazó con su horquilla.

Corrió la sangre á arroyos, produciendo un horrible espectáculo; cayó el caballo al suelo, y el niño, que habia apartado sus manos del rostro por un momento, se volvió á cubrir los ojos dando gritos lastimeros. El padre, volviendo entonces su cólera contra su hijo, coge otra vez el látigo, y empieza de nuevo á castigarle con brutalidad furiosa. Pero en el mismo momento el caballo vuelve á abrir los ojos; y haciendo un esfuerzo sobrenatural se pone en pié aunque vacilando. Era un espectáculo espantoso el ver á aquel pobre animal que á penas podia sentarse, todo chorreando sangre, medio muerto, y lanzando sin embargo miradas de fuego. Hubo un momento en que todos los hombres tuvieron miedo; el borracho soltó el látigo y echó á correr. Pero en el mismo instante el caballo se quedó muerto en pié y cayó de golpe al suelo como una masa inherte.

En el mismo momento entró Dedreux, y se precipitó en medio de aquellos hombres que habian vuelto á coger sus armas; apartó violentamente las horquillas que se cebaban en aquella carne muerta, y su cólera y sus amenazas contuvieron á aquellos bárbaros.

El niño parecia moribundo, y Dedreux le prestó auxilios, llevándosele consigo sin que el padre lo estorbara.—Razon tienes para llorar, hijo mio, le dijo. No se encuentra entre los hombres una amistad semejante.

A esta curiosa relacion añadiremos la de la vida y hechos de un pobre pero de volatinero, historia debida igualmente á la pluma de M. Brassent Wirtgen. Con ella terminaremos esta serie ya demasiado larga de notas sobre los testimonios de la inteligencia de los animales.

Hará unos treinta años solia verse por las plazas públicas de París á un hombre muy alto llamado Duclos. Lo mismo en invierno que en verano, este industrial, envuelto en una manta, se ganaba la vida haciendo pruebas de fuerza y de destreza que no tenian gran cosa de particular. Llevaba consigo dos ayudantes inseparables, un hijo de doce años llamado Federico y un perro de aguas llamado Pantalon. Este animal, esquilado en todo su cuerpo, no tenia pelos mas que en las patas, lo cual le daba efectivamente el mismo aspecto que si llevara pantalones.

Aquel perro, adiestrado en dar volteretas, era verdaderamente lo que mas llamaba la atencion á los curiosos.

Duclos preguntaba entre otras cosas á su perro: ¿qué hacen los hombres para conseguir honores y fortuna? Pantalon, bajando la cabeza, se ponia á hacer una serie de genuflexiones y á tomar actitudes serviles que divertian mucho á la gente. Pero su semblante no tomaba esa espresion de hipocresía que solo es dada al hombre para lograr sus fines.

Los dias de poca fortuna, es decir aquellos en que caian pocos cuartos, Pantalon no hacia mas que acariciar á sus amos como si temiera verlos afligidos. Despues se sentaba en el pedazo de alfombra que ponian en el suelo para hacer sus habilidades, y dirigia sus miradas á los espectadores como diciéndoles: ¡qué fácilmente podriais contentarnos solo con echar algun cuarto! ¿Por qué no lo haceis? Este era un problema indescifrable para aquel perro de tan buenos instintos.

Sucedió un dia que el pobre volatinero se cayó de una piramide formada de taburetes, rompiéndose un muslo, y quedando sin sentido. Federico empezó á dar gritos, y el perro daba vueltas alrededor de su amo revelando el mayor desconsuelo porque no podia socorrerle.

Los espectadores creyeron por un momento que aquello era broma; pero no tardaron en convencerse de que desgraciadamente era realidad.

Un agente de policía buscó dos hombres que se llevaran al pobre Duclos en unas parihuelas. Iban á echar á andar, cuando Pantalon salta de repente á las piernas de un hombre que se alejaba, agarrándose con tal fuerza, que no le soltaba á pesar de los puntapiés que se le aplicaron. En aquel momento volvió en sí Duclos y dijo á Federico con voz débil que buscara su bolsillo que se le habia caido. Aquel bolsillo precisamente era el que tenia el perro entre los dientes á través de la ropa del ladron. A instancias del volatinero y de su hijo registraron aquel hombre, y en efecto, gracias á su perro, pudo el pobre Duclos recobrar aquella suma que constituia todo su patrimonio. En seguida el herido, seguido de Federico y del perro, fué conducido al hospital de San Luis.

El desgraciado Duclos fué á ocupar una cama enfrente de la mia. El doctor Gerdy, que estaba de servicio aquel dia, se apresuró á hacer la primera cura al herido, cuyo estado consideró sumamente grave.

Movido por las lágrimas de Federico, que no queria separarse de su padre, el doctor accedió á aquel deseo, llevando su condescendencia hasta consentir que el perro se quedase tambien. La desgracia que afligia á aquellas pobres gentes, les valió aquellas concesiones.

Al dia siguiente, á la hora de la visita, habiéndose acercado Jobert de Lamballe, examinó al herido, y dijo despues de reconocerle:

—Amigo mio, hay que cortar esta pierna, es el único medio de que os cureis.

Al poco rato se acercaron los enfermeros con una camilla. Jobert de Lamballe, despues de acabar la visita, aguardaba en la sala destinada á las operaciones.

—Vamos, no hay que perder tiempo, dijeron los conductores para poner término á las caricias que se hacian mutuamente el padre y el hijo.

Federico quiso acompañar á su padre, pero no se lo permitieron temiendo que la emocion fuese dañosa al enfermo. Pantalon, de quien nadie se cuidó, fué mas afortunado, y pudo entrar en la sala.

Al verle esclamó Jobert de Lamballe:

—¡Echad fuera ese perro!

Pero el volatinero suplicó al doctor que le dejase allí.

it cannot be doubted that the English people have felt this year a closer, a deeper, and a more genuine interest in great Continental events than at any former period. We cannot help it. When we know people intimately, and hear from day to day all about their doings, we cannot but feel a lively interest in them. This influence is likeli to be still more marked in the present case. The two worlds have formerly been so widely separated. The one was new and the other old. Their political connexion has been gradually sundered; their histories have been quite apart; their ways of thought distinct. Perhaps, as was natural, we took more interest in them tham they in us, as a father will be more interested in the rapid progress of his son than the son in the steady success of his father. But now, if all analogies be not misleading, every feeling of isolation must be dissipated on both sides. We cannot have such constant knowledge of each other without being always in each other's thoughts. The more we know the more we want to know, and the more we shall continually know. Such evidence of close connexion impresses the imagination. A veil seems torn or a mist dissipated. We not only hear from each other; we actually touch. America cannot fail to live more in Europe and Europe in America. Nor is the effect of this close communication only to be anticipated in a keener sympathy and a close relation; it must be seen in a quickened and more energetic life. The more men are brought together, the keener does their life become, the more vigorous, rapid, and energetic are their thoughts. Like the difference between the city and the country, so is the difference between the world when split up into divided and separate communities and when united in one living and rapid organization. For the purposes of mutual intercourse the whole world is fast becoming one vast city. It was built on two sides of a deep river, but these are now united, and the city is one. Such are some of the prospects opened to us by this great victory over nature.

(33) «M. Babinet propuso emplear el cable para determinar las longitudes.»

El 30 de julio de 1866 M. Babinet anunció á la Academia que no tardaria en advertirse una interrupcion en las funciones del cable trasatlántico recientemente tendido entre Irlanda y Terranova. Recordaba la rapidez con que la accion del agua del mar destruia los alambres que protejen la armadura ó envoltura del hilo telegrafico de cobre, tanto en el cable que, desde 1851 pone en comunicacion á Inglaterra con Francia, como en el trasatlántico. El alambre de hierro que cubre el cable de la Mancha, aunque de diámetro muy grueso (8 milímetros), estaba corroido á los dos años de colocado, en dos tercios de su espesor.

En cuanto al primer cable que unió la América á la Europa, «á los pocos meses de su rotura, se trató de sacar algunos trozos que se hallaban solo á 200 ó 300 metros de profundidad en la bahía. Pues bien, el agua del mar habia corroido los alambres de la envoltura tan rápidamente, que dichos alambres se hallaban reducidos á trozos de 1 á 2 centímetros que hacian imposible mover ni levantar porcion alguna del cable caido. Solo existia el cordon central de hilos de cobre para establecer la continuidad en el hilo telegráfico. Este deterioro se habia verificado en muy poco tiempo.»